

Nuria giró la llave en el contacto una vez más. Apretaba con fuerza los dientes mientras maldecía en voz baja, pero solo consiguió que el coche emitiera unos quejidos como de perro apaleado. Cuando se convenció de que no iba a arrancar, golpeó el volante con rabia y se dejó caer sobre él con un suspiro. No podía creerlo.

Silenciado el motor, escuchó de nuevo el piar frenético de los pájaros. Sonaba como si hubiera cientos en las ramas del árbol bajo el que estaba aparcado el coche. Se burlaban con sorna de Nuria y su mala suerte. Odiaba a los malditos pájaros, como a tantas otras cosas que rodeaban su vida en aquel caserío en mitad de ninguna parte.

Al principio no era así, al principio le gustaban los pájaros y el lugar. Llegaron para vivir en la naturaleza, sin vecinos cerca, solos ella y Ramón. Era como en un cuento, pero resultó ser uno de esos en los que la casita de chocolate se acaba convirtiendo en una cárcel. Con un cabrón en vez de con una bruja.

El paisaje fue cambiando a la vez que él iba mostrándose tal y como era. Primero le convenció de que dejara el trabajo. Qué suerte, le decía, ahora que ya no tendría que madrugar. Podría dedicarse a la huerta y a la casa. Luego le fue apartando de sus amigos. Hasta le convenció de dejar de ir a visitar a su padre a la residencia; estas carreteras eran muy peligrosas para conducir ella sola, con ese coche tan viejo. Y el todoterreno, mejor que no lo cogiera, no sabía manejar un coche así. Tampoco salía ya a correr por el monte, una de sus pocas alegrías; le había conseguido meter en el cuerpo el miedo a los perros sueltos que andaban por la zona. Al final, no pudo ir ni al entierro de su padre. Ya se había encargado él de todos los trámites, no tenía que preocuparse de nada, solo descansar. En ese momento, ni le importó.

Le costó unos años darse cuenta de adonde había llegado y de empezar a reunir las fuerzas para salir de allí, convertir el miedo en rabia y la resignación en valor. De forma casi clandestina fue recuperando algunos contactos, juntando algunos recursos. Hoy había por fin decidido marcharse. Los domingos por la tarde él los pasaba andando en moto con sus colegas, no se daría cuenta hasta tarde. Le había dejado además una nota en la cocina, junto a las hamburguesas listas para calentar.

Pero el coche no arrancaba. Miró por la ventanilla derecha y vio el todoterreno, aparcado frente a la casa en vez de en el garaje. Relucía recién lavado y brillantado. Los grandes faros le miraban regodeándose de ella. Seguro que lo había dejado allí a propósito.

Sacó de la guantera el alijo de pastillas y salió del coche dando un portazo. Los pájaros huyeron del árbol con gran escándalo. Cargó las maletas y se sentó en el vehículo, sintiendo que rompía con el último de los tabúes impuestos. Sacó el CD que estaba metido en el reproductor y lo tiró por la ventanilla, tratando de acertar a algún pájaro. Buscó música en la radio y arrancó, sintiendo la rejuvenecedora oleada del aire acondicionado. Mientras abandonaba el caserío se preguntó, sin mucha preocupación, si no se habría pasado con los somníferos en las hamburguesas.